

JUANA I

ANA ARZOUMANIAN

*Cuando dice “dormiré con él”
da a entender que asesinará una vez más a la Historia.*

*ODYSSEUS ELYTIS
María Nefeli*

La autora agradece el material historiográfico ofrecido por Margarita Djeredjian, y el acceso generoso a la biblioteca personal del Sr. Benjamín Herzel Epstein.

Lo que yo necesito es una boca.

Necesito una boca el esmalte de los dientes tu saliva.

La sangre de los labios se detiene.

Beso el aire, los mechones de pelo, la Virgen María; beso el pie derecho de San Pedro.

Por las rejas de tu cuerpo extendiendo cuerdas. Tiro de una cuerda para abrirte las pupilas; para que entre la luz.

Está loca.

Murmuran entre ellos. Miran la desnudez sobre mi ropa. Mis dos lenguas. El nudo filoso de las manos.

Mis ojos de lengua, mi nariz. Lenguas en el bordado de la sábana. Como si tu boca fuera el calado heráldico de la sábana que te lleva (muerto).

Los peces nunca se secan en el agua. Se alimentan succionando; no tienen lengua. Yo tengo dos lenguas porque estoy afuera. Y afuera es España, es Bélgica, es Portugal. Afuera es la caja que dejo abierta. Todos los afuera de todas las ciudades del mundo donde no lo entierro (muerto).

Te limpio. Voy lamiendo el músculo unido al hueso unido a la piel. No duermo. Siento unos perros que aúllan, me tapo las orejas. Si duermo, una orgía de flores, de faros, de piedras preciosas. Frutas en el espesor horizontal de tu boca. Si me duermo, acá abajo, habrá un canto, un grito de palas que giran o de cucharas empujando, hilera tras hilera, la intensidad del agua.

¿Dónde te pusieron las manos? La cama se ensancha, las palas llegan hasta la clavícula. Dejo mi niña acurrucada contra tu pecho.

Ahora la cama es de un vidrio rugoso y no duermo y no puedo llorar. Ahora la cama es todos los lugares donde no te tengo. De silencio. De frío.

No estoy loca.

Mi pezón no se sostiene del tejido que rodea la base de tus dientes. Allí hay un griterío de crías cayéndose de las ramas. Será mejor abirme los pechos, colmarlos de nácar. Duros, altos como astas, no se inclinarán, llamándote. No tendrás nada para ver más allá del pulgar que se mueve en tus encías.

El tiempo se ha detenido. Sólo tu cuerpo más grande o más pequeño. Ese cuerpo, más grande o más pequeño, que no está y no se vuelve, más grande o más pequeño, adentro. Y yo buscándote afuera. Buscándote. Más grande o más pequeño. Nada será peor. Hoy es hoy es mañana y yo buscando más grande más pequeño.

Una ley ordena para siempre las cosas.

Loca.

Una fermentación de líquenes. Un naufragio. El navegar de un vegetal sin tronco. Verdor. Algo que nos moje; un deshielo al dorso del paladar.

Es un cambio de color. Un poco más de blanco ahí donde había rojo o marrón. Letargo de los azules de ciudades, de palacios, corriéndose por las paredes. Blanco. Blanco sobre negro la llaga roja que supura; blanca. Blanco móvil, grumoso. Ruedo la cabeza. La giro de un lado a otro como si fuera niña y soñara sobre una almohada blanca. Muevo la cabeza en los almohadones del aire y no sueño. Muevo la cabeza como si la cabeza fuera toda boca queriendo alcanzar ese algo que se lava y se lava.

Me pongo unos centímetros atrás mientras siento eso que destiñe de las piernas alrededor de la cintura. Siento eso que se mete por el ombligo y me hace blanca. Eso que destiñe. Eso que se mete por el ombligo. Salida de astros. Partida de maleantes, de vagos. Despedida de soldados que van a la guerra por mar o por tierra. Eso que destiñe del agua amasada con trigo.

Olerte a pan.

Así (muerto) tu olor delgado de pan ácimo que se deshace en mi vientre y no muerdo, aprieta.

No estoy loca.

Me levanto el vestido. Galopar. Suave el sube y baja de la montura como un batir de alas, y beberme el viento. El paso flotante en tormentas de arena. Arquear el cuello, separar los pómulos. Palpar tu rostro sacudiendo las manos con un movimiento circular, sólo para saber dónde termina. En qué lugar se nublan los pelos del pubis, las ingles. Levantarme el vestido, verte en el reflejo de la manada que galopa. Levantarme el vestido con el consuelo de que estés convertido en granizo, en óxido de hierro. Convertido en ágata amatista coral. Rosa silícea que froto para calcular un color.

Levantarme el vestido, verte de piedra.

No lo puedo sostener. Alzo una pierna y se te vuelve a caer. Tengo que romperme el brazo. Me corto la mano hasta el codo, otra vez. Los círculos son rectos, son líneas rectas ese algo ligado a tu cintura a tus piernas. Tu cadera. Rectas. Miro de abajo arriba buscándote en las cornisas del cielo por donde pasea un gato, y salta. O miro hacia arriba para ver qué hay detrás. Y otra vez, tus manos. Un puño adentro. Tu puño o la medida del cielo que surcan los mares. O este adentro y tu pierna que no sostengo. ¿Por qué no habla? Yo diría él me ama. Diría me ama, me amás; yo también.

Tengo que romperme el brazo. No estoy loca.

Contra la madera. El borde. Enagua tras enagua tras enagua; parvas de tela contra la madera. Aprieto. El latido. La falda, las telas

y un dedo. Hay una palanca de hierro en mi garganta, y yo la toco. Me toco esa palanca, tu garganta; mi dedo. Al borde las telas el latido contra la madera; empuja. ¿Qué hago con los ojos? Qué hago cuando huelo cosas a gran distancia.

¿Acaso tengo hormigas? Desde dos hasta doce milímetros. Muchas. Entre la cabeza y el tórax, un estrechamiento. Y la cabeza grande, casi triangular; y patas largas, largas. En galerías; un enjambre, un hervidero. Ahora se mueven más deprisa, están por todas partes. Desde el fondo, parece una línea de tiza que alguien trazara en el suelo. Filas de hormigas. El rastro deja un surco de medio centímetro. Y pican. Y pica tanto que duele.

En troncos, en cortezas, en tallos huecos. Ahí están. Y vuelan. Tienen un líquido azucarado en el abdomen que les hincha el pellejo. Cientos de miles de obreras ciegas avanzan, se guían por el agujero que ellas mismas dejan. (El dedo, la madera; al borde). Y empujan (el dedo, la madera) Son ágiles; cavan fosas en forma de embudo. Un rojo herrumbroso o pardo amarillento o rosáceo más o menos sombreado (al borde la madera el dedo) Arrojan un ácido. Pequeños pinchazos que aparecen y desaparecen súbitamente en mis piernas. Entonces, te digo lindo, lindo. Y abro los ojos aunque esté oscuro y sea de noche y yo vea mejor de noche que de día. Pesado el latido el dedo y el montoncito de sudor membranoso. Y lindo, lindo.

No me vuelvo a lavar.

Está loca.

No entra en la mano. Me sobra.

Una piel abre apretando. Subo las caderas. Deslizo las nalgas y me levanto un poco más. Miles de veces. Tanteo con los pies antes de tomar contacto con el suelo. Algo arremolinado. Aún. Todavía no se abandona. Me pongo en puntas de pie. Cuántos días en una semana, semanas en un mes, meses en un año, cuántas horas en un día. Me suelto el ceñidor y respiro profundo para no volverme como esos; los tullidos, las viejas, los pordioseros. Me lleno con una colección de aire. Inspiro para no parecerme a ellos. La pelvis o los pulmones; una colección de aire. Y salto haciendo llegar los talones hasta los glúteos. Ya hace seis días. Salto para expulsar el esperma. Cuántas semanas en un mes, horas en un día. Un sobresalto. Una tajadura. No entra en la mano esa piel que queda pegada a los miembros. Y aún.

No, no estoy loca. Pasame la lengua por la herida.

Tu lengua de fondo. En la herida. Algo punzante como en la cocina. Sólo para probar la cocción justa de los panes o las carnes. Un corte profundo como una caricia se astilla a lo largo.

Vos disuelto, desvanecido en el esqueleto elástico, en su cavidad porosa. Quemo azúcar. Humosamente dulce sobre mis vellos. A contrapelo. Espero unos segundos y cuando se enfría un poco, arranco. Ahora sí. Me verás hecha estatua, calcárea, ave

zancuda que vuela bajo, se esconde en lugares pantanosos. No habrá paredes donde me pueda subir. Dulcemente transparente, me verás por la otra punta. Mientras inclino hacia abajo la cabeza como para tomar algo del suelo; me cumplo refugio, te asilo.

Vos (muerto) ya no podés caminar. Entonces nos hundimos. Bolsas flotantes cayendo por el precipicio, arrastrando consigo su impureza visceral.

Nacemos.

Pedacitos. Tus piernas mis manos, la tormenta verde del mediterráneo de tus ojos, mis brazos tu vientre. Bajamos por un canal dilatado. Nacemos.

Herido, pero intacto. Muerto, pero vivo. Estrangulado, te estiro más. En una sucesión de voces y de pausas todo avanza y retrocede, a izquierda y derecha; es el principio y el final.

Atravesamos un paisaje incisivo de montañas. Mi brazo envolvente esconde al niño en nuestra caída. De golpe, un endurecimiento. En el hueco, el cuerpo se adormece. La podadera. La hoja curva, ancha y fuerte; el mango corto, de madera. Un dolor en las rodillas se alza por la cintura hasta tu espalda. Por la madrugada, agujones como rasguños en la entraña. Herido, pero intacto. La carne se despega de la espina dorsal.

Así, cerrado sobre mí, periódicamente abierta, aguanto toda la noche y todo el día. El brazo en alto, el pie firme.

Un sedimento se descuelga. Cuando escucho tu nombre, Felipe, un deslizamiento. Una avalancha de nieve se despeña por la ladera, arrastra piedras. Todo derrumbe la nieve, se hace agua; lleva consigo casas, campos, poblaciones. Una corriente de lodo. Agua barrosa.

Tiene el vestido mojado; se habrá meado encima.

Está loca

No encuentro la viga. Mis pies se agitan durante instantes. No veo la viga, ni el taburete. No encuentro la mesa de noche, ni el cuarto donde tengo las gotitas. Se te van los ojos para los costados; si te pongo esas gotas al ras cederá la sangre.

Repliego los dedos, cierro los puños, las manos contra los brazos, el antebrazo sobre el pecho, no te puedo tocar. Lo que yo necesito: pinzas como dientes en las mandíbulas; una boca para tocarte.

La soga es ahora un nudo corredizo. Te tiro de las mejillas para abajo. En todo este tiempo, junté arañas, como cuando era chica, moscas domésticas, escarabajos. Una sábana calada, grisita, pegajosa sobre tu frente. Un poco húmeda, un poco caliente, la sábana que no podés despegarte del rostro, exuda como la superficie de una vela y cae; dibuja nódulos, escamas, te enrojece. Una tela

como si tuvieras paños húmedos con manzanilla, placas estriadas o anillos en forma de guirnaldas. Como si estuvieras pronto a incinerarte o hubieras estado en contacto al cromo o al níquel.

En los agujeros de la cara; la sábana, la tela, el tejido de la araña se hace polvo, parece pomada con alquitrán.

Si una mano de perra mujer te tocara, yo podría ver aquello que desaparece del vértigo de la araña; su tela que te acaricia, te acaricia.

Decime, vamos a la pila; la ceremonia del jueves santo. Te desnudo, te friego (decime) como las lavanderas al borde del río.

Pero yo no estoy desnuda.

Y vos no hablás.

¿Qué hace ahí en el piso, tumbada sobre la espalda, flexionando la cabeza hacia delante, sujetándose las piernas por debajo de las rodillas?

Y dobla la cabeza sobre el pecho y se empuja con los codos abiertos y grita. Está loca.

Justo ahí. La presión de la cabeza sugiere huecos ahí donde hay carne.

Mi primera vez.

Un ángulo más agudo del lado del filo; más obtuso, rota sobre el eje, migra. La progresión aglutinada de celdas, avanza girando. Por dentro, vos, en abanico. La forma estrellada. La mordedura y una cicatriz blanquecina que sangra entre cinco y doce días.

En el tinte. Hacia el interior. La sección, su punta; el acceso que me hace mover, sacudida. En la vorágine, el surco se pliega.

Golpea, va y viene y del golpe sale; se aleja. Una pequeña o una línea tumultuosa. Algo separado como por un golpe, que se va. Mi pequeña o el silencio fibroso de tus piernas. Mi pequeña...

La llamaré Catalina, y será tu hija, reina de Portugal.

Jadea, arqueada como si estuviera con él.

Me infectan con la mirada. No estoy loca.

Un golpe en el agua. Apoya la nuca en el pecho, alza los ojos hacia mí, entreabre los labios, me mira. Yo corro hacia el mar, hundo siete veces la cabeza en las aguas. El instante del salto del nadador. El instante sin límites del movimiento de los astros en la pulsación del fondo del cielo. Y ahí. Y justo antes. En el borde, algo vuela desde arriba.

Un golpe en el agua. Círculos. Había soñado tus gestos en una habitación oscura. Me mirás y el círculo tiembla. En los charcos de

sol el agua empieza a tener una consistencia aumentada. Un viento suave, azul de prusia, sopla del mar. Oscilamos en ese oleaje luchando por el aire. Danzamos. Y el baile es este golpe en el agua. Barcos zarpando del amarradero. A Flandes. Al puerto de Middeburgo. El Duero nació alto y yo te recuerdo en ese tiempo. Desvendada, veo reptiles tamborilear sobre la espalda de las hembras. Hay un océano pesado al que le saco las vendas.

Y gotea.

Diez meses lunares y no oye el llanto. Está loca.

Un toro, un jabalí, un caballo; por una puerta angosta a una pieza inmensa. Animales postrados adelantando las manos, tamizan la luz. Escarban. Amontonados. Tensos, escarban detrás de los postigos.

Una estela, retroceso de olas tropezando contra las rocas, los arrecifes. Su vigor triturado de glaciares.

No le daré de comer.

Finísimas gotitas de grasa dentro de una solución acuosa. Grumos. Algo como alcohol, éter, o yodo. Fluye. Desemboca en cisternas sobre los pezones. Translúcido, de un espesor ligero. Un polvo fino de corriente turbia, de origen glaciario. Te pondrá al abrigo como brazas. Sólo por el estímulo de tu mirada. Fluye. Una presión de hordas, de infiernos griegos. Un bramido dulce baja por el

peñasco de los huesos. Fluye. Tus ojos. La presión de los ojos cerrados. Succiona. Nueve meses atrás, y continúa la afluencia.

La espera nocturna, milenaria; circula. Cada tres horas. Una bestia etrusca, mesopotámica, transporta un espasmo lento que fluye y te rocía.

No estoy loca. Nombraré una nodriza para la niña. El abrigo líquido se adelanta. Hacia tu silencio. Calarme hasta los huesos; cubrirte.

No estoy loca.

Una tela blanca de algodón; un lienzo de altar. Corro el paño.

Estás desnudo.

El brazo derecho a lo largo del cuerpo. Un triángulo dentro de un rectángulo muy bajo. Separo la mano contraída sobre el abdomen. Los cabellos volcados hacia mí. Íntimo y tenue, acostado encima de una losa.

Comienzo a soñar el sueño colectivo de las aves que se estrechan unas a otras, se agrupan en círculos. Familias de pájaros, apretujándose. Un viento del sur hace temblar la luz crispada de las velas. Presas de un espasmo, se apagan. Estás (muerto) en una barca sin remos. Subo. Navegamos. Navegamos rodando por una escalera. A cada contorsión un animal suave fabrica un peldaño. Se encrespa

para avanzar y crecer. Un pasado mineral nos perturba el sueño, se desplaza. No se trata de habitar. Me subo encima de tu piel que muerde de lado a lado; late. Navegamos por la curva del arco iris que continúa hacia abajo. Por los arcos más cerrados. Ahí donde ya no se ve ningún color. Viajo sin mirar. El viento sopla, trae olor a barro. Y subo. Y te quito el lienzo. Pero el lienzo aún está tibio. Y estás desnudo.

La barca no tiene remos, yo uso mis brazos. Hago formas con mis manos para avanzar por el agua. Me muevo más y más rápido. El viento, que antes había apagado las velas, propaga un incendio abundante. Entonces navegamos incendiados. (Y ya no sé dónde está el agua para usar mis brazos como remos). Una llama de una lengua puntiaguda, quema. Me empuja con la planta de los pies. Latiendo, tu sexo se contrae y se dilata. Más. Nos adentramos suave. Suavemente.

Quiero volver a mirar hacia arriba, amor, y ver madera. Una casa, o un jarrón con tapa, o una cama encerrada en una urna.

Está loca.

Prensa y oprime hasta hacerme dócil por dentro; una casa final. Prensa y oprime con el pecho. Volvemos, jadeantes, hasta alguna infancia. La cárcel de afuera es un exceso de aire. Miro al suelo y no están las mantas. Estoy arrodillada. Un humo traga, absorbe, hace macizo lo que era transparente y vacío. No veo las mantas en el piso.

Digamos que he muerto. Que esta vez sí. Que un fósil, dormido en su forma, tan nacarado en su envoltura, rezuma. Digamos que estoy muriendo. Que, casi juntos, muero.

¿Cuándo fue antes? Hacia cuándo de qué palacios iremos juntos así de muertos. Arrodillada. Diez, cien veces, el ritmo de un rosario más abajo de las caderas. El miembro que sueña rozando el nácar, ciñe, reduce a cenizas un helecho; se disuelve. En luchas de masa y fuego, en batallas, en bandidajes del mar, tu sal expande su volumen; esmalta. Palpitamos estremecidos en una semicaja, mitad muro mitad entrada. Son todas las estaciones del año, y en todas las estaciones del año desaparecen especies enteras de seres vivientes.

Digamos que he muerto. Que miro hacia el techo y todo lo que está mojado, su rugosidad viscosa, sean sábanas. Huracanes de corrientes atlánticas nos arrastran. Derramados; como tocar lluvia. Toco el cielo con las manos, y está mojado. Una lluvia de arena azota eso que era caliente y que luego tiembla de frío en la noche de los desiertos. Digamos que morí en ese instante en que la lluvia se hizo arena.

Estiro las piernas, te abrazo. Echada sobre vos, paso con fuerza todo mi cuerpo por el tuyo. Lloro.

No estoy loca.

Lo que yo necesito es una boca.

Envenenado. ¿O habrás muerto por haber bebido agua helada cuando te subió la fiebre? Te abrazaré durante diecinueve años. Prepararé especias y aceites perfumados, postergaré lo inevitable. Mirra pura molida, canela. Una pequeña hoz corta la piel sobre el esternón, unos golpes de mazo de madera sobre el cuchillo, como de latonero. Levantan el hueso del pecho; te buscan la raíz de la lengua. No por la boca. Por el esófago. Sacan la lengua por el esófago. Te abrazo, grito: lo que yo necesito mi lengua tu boca tu lengua.

Yo estoy desesperado desto.

Incisiones en los brazos, las piernas y los muslos para que penetre el tomillo, la flor de lirio, la canela. Cosen con costura de pellejero, y luego pintan con acacia. Treinta kilogramos de mirra y aloe y una piedra de ágata para pulir.

La Católica Reyna echa una resina de olíbano sobre un pedazo de carbón encendido. Supura y cristaliza; huele.

Deseo más que ninguno bolver a Flandes.

Están tus dedos, y tu mano; están tu cuello y tus hombros. Estás para siempre, tan quieto. Mientras, te crecen las uñas. Comerte esas uñas que van creciendo.

Tus dedos están ahí, pero es acá adentro donde se mueven; cálidos, dibujan lunas, soles, elementos circulares. Tus dedos moviéndose. Tengo una caja llena. Las reliquias de la corona; los

cabellos de Cristo y de la Virgen, miles de huesos de distintas partes de cuerpos santos. Mi caja llena de un sudor dulce. Una colección de cuernos de rinocerontes, cornamentas.

No iré a misa. En los monasterios, en las criptas, saquearán mi caja llena. En esta caja donde te crecen las uñas. Donde te como las uñas mientras te miro, mientras viajo hacia la capilla real de Granada. Viajo abrazada con tus dedos rozándome la primerísima cuna.

Disponen una venda con un lienzo de seis centímetros de ancho. Sin embargo, no podrán vendarte aquí adentro donde estás. Aquí, no entran vendas.

Yo estoy desesperado desto

Sahumar en incienso. El tercer, el séptimo, el trigésimo día. Desengancho los alfileres de hierro que sostienen el velo para que vengas desnudo. Desnudo el ombligo. A la altura de la pelvis, en columnas de espesor, hacia abajo; agua dura. Visos, ondulaciones que tienen las piedras, las maderas. Siento el latido del agua, su lecho vibra de azul río hasta mi vientre. Erguido, al mar, volcarte agua.

Debajo del hielo, Alteza, hay agua líquida.

Abren al abdomen con una piedra y lavan con vino de palmera. Paso mis manos sobre tus ojos, cavo un túmulo negro brillante, dejo caer una cuerda. Un aleteo apaga los cirios. Tieso, reclinado ahí. Tieso, al borde de ninguna cama. Te paso mis manos, y el umbral es alto.

Eliminan el agua. Bulto del Perú. Para que dures; persistir por la cuerda. (Los ojos mis manos, el bálsamo grueso). Te he visto en rondas, montando un caballo gris, atravesando el aire. Un caballo gris sobre el que creo reconocirme. Y el caballo cruza umbrales altos, se agarra de la cuerda. Los cirios se apagan. Bulto del Perú. Tenerte agua (embalsamada) todavía; demorar las huellas. La cabalgata gris sobre el umbral alto.

No tengo de dexar de hacerlo.

Ahí donde no hay ninguna cama. Recostado al borde. ¿Soñás conmigo?

No sé si fue a cielo abierto o bajo techo. Fue con furya.

Si perfumaras mi cabeza, la cortaras y la colocarás entre tus piernas.

No ay duda sino que tu aposento esta caluroso, a lo menos de noche, y asi será bien que pases a dormir a my camera (porque esté fresca de noche).

Guardarte de claro a claro como sombra polar. Durando.

Sustraer el aire. Una ligera ebriedad. De fatiga, de vértigo, de sed intensa. Sofocado en derrumbes de túneles. Están a punto de sacar el silencio del vacío (embalsamar). Olor a almendras. Ciertas mujeres tienen poder sobre la luna. La presión de la pulpa de los dedos. Contusiones semilunares.

Preguntame mi nombre. Preguntame, ¿cómo te llamás? Tus ojos mirándome, tu boca queriendo pronunciar. Preguntame un nombre de mujer. El nombre bendecido, santificado. El día de mi nacimiento. Fernando e Isabel, un nombre. Loca (un nombre). Preguntame.

Me acuesto sobre la tierra. Yo, Juana. Yo, reina. Me acuesto; te espero. En la tierra. Ellos sustraen el aire. Una suspensión del cuerpo comprimiendo el cuello. Un surco plateado recto y transversal. Colgarte por el antebrazo. Destellos. Y la pupila dilatada. Y algo; todo, moviéndose sin coordinación. Por la virtud de sangre de las cinco llagas de Cristo. Hoy. Como si te ahogaras brazada tras brazada. Yo, un lazo sobre la laringe. Hongos de espuma. Brazadas. Preguntame el nombre. Preguntame si más fuerte; ahora, ¿sí? Más.

Se comenzó a llover, que no supe donde esconderme, y todo era agua de nieve.

Aire colado. Un viento frío corre entre callejones, tropieza con nubes, se pliega. Mi error habrá sido no quemar enseguida las cortinas, tu ropa de cama.

Un cordel calcado al ras. Una línea circular, enrollada. Ahora, hoy. Se sofoca la línea, la base sobre mí. Contusiones semilunares del cuello entre dos bastones. Del cuello entre mis piernas. Compresión. Sin aire.

Se me ha renovado mucho la soledad que tengo de vos.

Te van a abrir las costillas. Para que esté así de hermoso, dicen los médicos, los obispos (los embalsamadores). Yo no les digo; para parirme. Te abren las costillas, te rellenan con otra carne. Y esta vez sí. Mientras dormís, salgo por tus costillas. Salgo con un pueblo en mi vientre, enfundada en un tapado con el signo del sol y los caracoles de Jacobo. Es la noche alrededor y los médicos, los obispos, los embalsamadores te hacen sólido, como de cera. Salgo al otoño destocada. No es jueves ni viernes santo, los flagelantes no corren por las calles.

Debajo de la última costilla izquierda, succionan. Un movimiento hacia adentro, hacia afuera. Nos mezclamos íntimamente; absorbemos el calor. Como un juego de niños, algo que he de buscar. Hielo raspado con jarabe, un fluido que pasa del líquido al vapor. (Debajo de la última costilla, un juego de niños). Sacan a los muertos por un agujero de la pared del palacio para que no vuelvan. Los muertos tienen hambre, vuelven a buscar comida.

Yo juego friofrío. Desde el casi africano Levante se escucha ese sonido como de espada golpeando el agua.

No hay que decir, sino sentir my desgracia.

Herido, atado al sueño, cabalgás nueve mundos hacia abajo. Yo camino sobre olas montada en gatos negros. La luz les contrae los ojos en línea recta. La luna o el sueño falso. Los gatos gritan al aparearse. Del calor al frío. La piel se eriza; gritan. Los médicos, los obispos, hacen sonar un manojo de llaves, patean a los gatos. Paciencia felina. Virtud del buen soldado, esparcir cenizas por los campos. Balancearse gato rojo de África en Egipto y gritar por toda España, por las dos Sicilias; cruzar el grito. Copular de gato por los mares de la América, que grita.

Se veía mucha mar, mas vos ya no estabais en el golfo.

Ato una cuerda a la estaca, me deslizo. Como si envolviera una cabeza rota en un paño. Gastarnos.

Terminan el trabajo (embalsaman), te dejan rígido. Te conservan así por la gracia de Dios, para siempre soberano de Castilla.

Pero yo clavo una estaca a la que ato una cuerda y me deslizo. Tomo las tijeras, corro a buscar a la flamenca. Le corto esa abundante cabellera. Le clavo las tijeras en la cara. Ahora sabrá. (Conservarte, en la cicatriz). Para siempre rígido sólo en la cicatriz

de la cara de la flamenca. Cantaba conquistas bajo el signo de la cruz. Pero hoy mastico hostia untuosa convertida en carne. La carne se disuelve, se hace savia. Un minuto el tiempo que tarda la sangre en circular por las venas. Nos gastamos en un minuto el aliento la fosa y la gracia del soberano rey de Castilla (que se disuelve).

Trae tan embaraçada la memoria y tan llena la cabeça.

Un minuto corriendo en la sangre. Un minuto para abalanzarnos contra las verjas de los dientes, las manos. Y ahí, agotados, volar por todo lo alto, desaparecer. Como soldados zapadores abrir zanjas o pasos por cualquier sitio. (Gastar). Nos agotaremos

Tan gran sentimiento y demostración de ternez.

Me desceñiré la corona como si envolviera una cabeza rota. Desde el valle del Ebro hasta la desamparada soledad de Tordesillas; tuya.

Fue la fiebre.

Aceite de rosas o de manzanilla. Algodones en la garganta y en la tráquea.

Fue la fiebre. ¿Quién?

Cerrando la boca, alambres. Agua, azúcar y resina como polvo sellador batiéndose en un mortero para pegar los dedos.

La fiebre llevó hachas baratas a las tierras del oro del Sur. Saqueadas a fondo, las Nuevas Indias.

No me he visto en my vida tan cerca del peligro de aprender a huyr.

Con los pies engrillados se arroja al agua. ¿Quién? Giro espalda contra espalda. El brazo hacia atrás; no nos vemos. Poco a poco nadie nos reconoce (la fiebre). Perforaré la bóveda, encontraré a las cuatrocientas mujeres quemadas. Mandaré a talar esos árboles de los caribes grabados con el nombre del rey en la corteza. Prepararé una medicina con carbón y azúcar, espantaré las moscas de espejuelos. Te voy a curar la fiebre; ¿de quién? Día y noche la Serenísima Riena, mi madre, creía morir de sed. Día y noche saltaba desde una ventana de los balcones de la torre de la Giralda. ¿Acaso mezclo sucesos? Indios esposados con hierros relucientes en los brazos y en las piernas imploran en la costa. Avidez de los hidalgos, la mercancía viva. Agujas de oro por reses bajo la furia del sol de la colonia.

La mejor parte, mis primicias de virgen. Una turba roja en las entrañas y nunca habré sido tan bella. Te reservo mi mejor parte.

El pensar que una pasión como es ésta se ha de curar con blanduras es grande engaño.

Un movimiento suave, dulce, ondulante; como mecida por el mar. (La fiebre). No hay ninguna vena de mi cuerpo por la que no circules. He ayunado durante miles de años. Quiero tu corazón.

Me llevaré tu corazón a los labios, a las piernas. Como el mar, lo moveré de un lado a otro. Como se hace con el vino o con la leche para hacer manteca. Recojo el corazón que dejás tirado en mi vientre, lo acuno.

Siento cosa extraña, no alcanzada en otros tiempos.

Para ver si estás ahí. Primero la caja de plomo, luego la de madera. Si todavía estás, después de la humareda negra de tanta carne. ¿Me habré quedado con algo adentro suelto, despedazado?

Para ver si estás descansando en el convento de las monjas. En nombre de nuestra reina prisionera, dicen, abren la caja; primero la de plomo, luego la de madera. Las religiosas con sus cofias, su velo espeso, la manera en que ocultan el rostro, deslizan sus pasos; te rezan. La vida seca del convento.

Aquí es siempre de noche, huyo de la luz del día. Es por mí que ordeno: abran (primero la de plomo, luego la de madera). Para ver si todavía estás. Si estás todo. Si todo. (Algo adentro suelto, despedazado). Pruebo con agujas la inconsistencia de los demonios.

Cualquier lugar desmadejado de la piel, insensible, sería del diablo. Pero me duele y es de noche. Nadie habla. Todos piensan en los cuarenta y siete años donde seré invisible. Sentada en cuclillas, mastico lo que me traen en el suelo. Allí, al ras, duermo. Tengo miedo de que te arrastres en el lodo cenagoso, la pendiente que no termina. Una masa floja y sin aliento. Floja y melosa tirando de su peso. Hundiré mis manos como un trozo de hilo amarillo en la zona más blanda, durante cuatro horas. Buscarte. Tengo miedo que des vueltas (muerto) en el fondo del fondo, detrás del muro. Hago abrir la caja. (Primero la de plomo, luego la de madera). Por la noche, en el convento, las monjas se persignan desconfiadas, mientras, hundo mis manos. No quiero encontrarte, así (muerto) en el fondo del fondo. Entonces abren la caja, y te abrazo y te grito.

Hallándome muy cerca, no puedo oírta.

Y te grito y tu cuerpo no escucha. Tengo que encontrarte para saber que no me quedé con ningún pedazo. Que podrías. Que todavía podría estar encima, o por debajo, o quizás al lado, muy de costado, sentir una llamarada inquieta, quemando.

Felipe.

Felipe.

Felipe.

Un tijeretazo practicando el oficio de la costurera. Me descubro un costado para admirar la llaga. Para que salga de Burgos hasta Tordesillas. Para que atraviese el diciembre de 1506 esa gota de aguardiente. Bailo y salto, me pongo un tapiz sobre los hombros; hago de gitana. Preparo un bebedizo; diversas hierbas y entrañas de toro para brindar el sueño imperial. Quiero el rayo; de una costilla tuya el rayo puesto en tus manos. Construiré mi altar en el campo con rudas y piedras salvajes. Enfermera, consoladora, hada; una gitana.

Tengo hambre de volver a veros.

Voy a todas partes, en todas partes dejo cartas. Hasta América llegó la noticia de cómo el potro descoyunta los huesos, de cómo utilizan la rueda, los garfios de hierro. Hay una ahorcada en la plaza de los Predicadores y no soy yo. La sombra protectora de la Corte, los prudentes, los circunspectos tapiarán a todo un pueblo. No habrá bastante roca en los Pirineos para construir cavas y calabozos. Los documentos oficiales llevan mi nombre. Y yo firmo cartas escribo, quiero la piel sutil la mancha blanca opaca a ambos lados del abdomen. No soy la ahorcada, el cuello busca tus besos la cabeza que pierdo, pierdo.

Me atrevo a dar el tijeretazo practicando el oficio de la costurera. Aquel tiempo hubiera sido más suave si se hubiera odiado menos. Pero ahora sé que no morirás pronto. Que un rayo me dibujará cruces rojas, una delante, otra detrás. Estigma del pez que vive en lo profundo del mar, capta los últimos atisbos de luz.

Felipe; no hubo antes.

Recibo con gozo de ver lo que la yndisposición de la Reyna le hace hacer a ella.

Antes, la cuerda, la estrapada, el caballete. Antes han sido mi madre, mi hermana. Del vetusto palacio con esa amplia vista de la calva meseta castellana veo el monasterio de Santa Clara. Mi aposento interior es una caseta de perro en el patio. Cuando dice dar cuerda a la reina, Fernando dice atar. No morirás pronto, sé que el rayo de tu mano, que el pez, que la naturaleza del mediodía. Que no hubo antes.

Felipe.

Felipe.

Felipe.

Lo que yo necesito es una boca.

Mi querido hermano.

Única (hija única). Apretadas las ligaduras retorciéndolas con un palo. Agarrotado. La cabellera se moja por el sudor de la agonía. Los desposorios, la velación; tu boda. (El sudor de tu cabellera). Hijo mío, sólo uno, *que alçedes pendones por mí, reconociéndome vuestra señora natural y el rey muy poderoso príncipe don Fernando, mi señor*. Sólo uno. La dulzura de dormir entre tus brazos. Retorciéndote con un palo; Margarita. Los pies descalzos, el sudor, tu cabellera. Los doctores de la santa iglesia la suben a los altares. Es el ejemplo del príncipe perfecto, Isabel, nuestra madre. Se merece subir a los altares con el hijo suyo sólo uno.

Juan cumple con demasiado ardor su deber conyugal. Todas las noches, Juan. Y todas las tardes. Y todas las mañanas. Juan de garrote Margarita las ligaduras (con un palo). Es el sol quien provoca espanto en esta familia. Entra por la ventana de tu cuarto, enciende un fuego en la cabeza. Y Margarita, y el lecho, y tu cabello. Tu sudor ya no alcanza para apagar el humo azul en las cortinas. Una especie de tos se escucha desde lejos. En tu habitación, allí donde el fuego consume el garrote que aprieta, se abre (en llamas) el armario donde está Isabel.

Colocan el cadáver sobre unas tablas. Y yo juro ante las Cortes. La sucesora del trono jura. Ella se merece honores.

Mi querido hermano; en la familia real no hay hija única.

La segunda mujer de nuestro Rey Católico; la última reina de Aragón dejó diversas mandas pías y un collar de ciento treinta y tres perlas gruesas a una pequeña niña llamada Isabel. Un puente unía los palacios del emperador con el de su abuelastra, Germana de Foix.

¿Cómo se llama mi hijo, Juan? Heredero de este amor tan tuyo y mío. Tan tuyo, de Margarita. Tan Felipe. Tan el legado de la ceguera dulce de tus piernas. La tina de agua tibia y la tarde astillada en los jardines. Yo estaba desnuda debajo de la capa. Era sólo un juego. Descorrer el lazo. Llenarme las manos de agua, arrojarla desde tus hombros a la cintura, hasta el arrecife empedrado que caía bajo, bajo. Decirte, un juego. Desabrochar el pantalón (jugar). A los esposos; Felipe. Bañarte. Un recipiente, una vasija; un poco de agua. Y vos sin saber qué sucede. Cómo una hermana, en un aire así de líquido, hace volar sobre el océano que trae esclavos. Entonces eras más blanco y más suave que la luz que se hundía entre mis dedos.

La capa se abría cada vez más, dejando entrever todo lo desnuda que estaba. Temblé como una madre que al amamantar a su niño se le queda dormido en los brazos. No sé si era el agua o lo que el niño no terminaba de beber. Un escalofrío.

Se llama Carlos mi hijo, Juan. *Quand il se trouva près, il la baissa* y tuvo una pequeña con la última reina de Aragón, la segunda mujer de nuestro padre, el Rey Católico, Germana de Foix.

Un escalofrío. Yo temblé. Hermano, esposo mío.

Felipe.

Apostábamos a deshacernos. Vientre con vientre. Pronto algas verticales se esparcían descarnadas. Tan pronto su aleta pelviana de peces se deshacía, se convertía en algas de labios espesos; apostábamos. Sobre algo áspero. Tan pronto los peces, ahora las algas, querían caer, acabándose. Entonces yo era todo líquido rosa pálido que caminaba en tus ojos. Una nube rosa pálido fluía gota a gota, laxa, hacia el pubis. Apostábamos tierra de Japón y corteza de beleño para acelerar el pulso.

Un sonido, como el que hace una masa de barro al ser aplicada de golpe. Tierra amasada y seca. ¿Tapiabas ahí, en los jardines del palacio? Un golpe de hacer muros. O de deshacer. Tapiándome mientras camino en tus ojos donde escucho indios que se embarcan en naves portuguesas, frailes asesinados en las montañas. Camino por tus ojos; veo el árbol convertido en una pajarera, niños de Cuba muriendo de hambre.

Pero apostábamos con caricias, con besos suaves.

Hubo alguien que me comunicó la verdad, el rey Fernando había muerto; Juan. No hice caso a la guardia personal, corrí escaleras abajo para cobrar la apuesta. Escuchaba ¡Esto juro! ¡Esto juro! Mientras te abandonabas a los brazos de Margarita. ¡Esto juro! Era sólo aquello que pronunciaba Carlos, quien no entendía ni una palabra de español. Doce años sin verlo *¿Pero sois en verdad mi hijo?* Él no contesta, no puede contestar. ¡Esto juro! Y él mira con

cara de ardor seco, mira con espasmos alelados eso que apostábamos: mi boca, tu boca; la lengua. Rozarte apenas la lengua; Juan.

Un día pusieron en el mercado de Valencia, a la entrada de una calle una figura del emperador con la tiara en la cabeza, cabeza abaxo y las nalgas descubiertas. Cobría y descubríalo con una vela de lienço.

Felipe está en Tordesillas (muerto) y Carlos abrió un agujero en la pared lindera al corredor que nadie usaba nunca. Entró y se llevó a mi bella princesa a Valladolid.

Cuando digo Juan, digo Carlos, digo Felipe.

No le dicen nada a la hija. A la hija, yo. No le dicen. Una sensación continua de frío. Sobre el resto de sus partes, esponjas mojadas en acacia. Durante el sueño agita los brazos y las piernas, en sopor constante. Los músculos extensores de la cabeza fuertemente hacia atrás. Pierde una sustancia aplomada. La piel seca, la orina rojiza. No le dicen nada. A la hija, yo. A mí. Padre. Su mano muriendo. Su mano cuando muere. Papá. ¿Se tocaba? Hacia atrás. La mano tirando hacia atrás; ofreciéndose. No le dicen. (A mí). La mano ora fuerte y plena, ora débil e imperceptible. Sediento. De arriba abajo un zumbido. Te hubiera dado castaño y hueso de sepia; ámbar de cuando se destila. Pero no. Debe haber muerto. Si no le dicen a ella, a la hija, a mí. Debe haber un muerto. (Él).

Padre. Su cesárea majestad o el imperial hermano. La fiebre ardiente de los agotados; los excesos venéreos de Juan. El tercer día, los sudores abundantes; la muerte, el decimotercero.

Dios le quiso llevar para sí, lo he sentido mucho, y no lo quisiera haber sabido, y quisiera que fuera vivo y que allá donde está viviese.

Su vida por la mía. Su vida la de Juan. Su vida (papá). Mi vida, Felipe. Debe estar vivo. Si creo en los artículos de la fe. Si acaté al rey mi señor y padre, por ser mi padre y marido de la reina mi señora. No me acostaré boca abajo. El peso de los pechos sobre la cama. El peso. Boca abajo Felipe la mano y hacia atrás. El peso boca abajo en la cama.

E yo quisiera estar en parte donde pudiera entender en las cosas que en mí fuesen. ¿Cómo estás ahí? (No le dijeron nada a la hija). Por si acaso, no me pongo boca abajo. El peso; todo mi peso, el tuyo (Felipe). Un pesario acre para evitar el derrame del cuello de la matriz.

No oigo misa.

Hereje.

No oiré la misa del alba.

Debe haber muerto. (Que no le dicen nada a la hija).

Papá. La hija, yo.

Boca abajo. De terminar, de dejar algo completamente adentro; Felipe.

No el peso del pecho en la cama. Miedo. Espesor. No el aire antes de llover. La velocidad, las sacudidas; agua de templar hierro puesto al fuego. Miedo. No la cama dura. El anís que tomaba rebajado, la corteza de limón. Lo convulsivo, lo viscoso. No los baños fríos por las noches, la cocción de quina y manzanilla. Miedo. Boca abajo, que duela. Que me duela porque lo que yo necesito es una boca. Y abajo. Miedo de no acordarme. De no recordar el color de tus ojos, si negros si castaños si amarillos. Si más cerca eran de vértigo las tormentas que horadaban nubes, te hacían transparente. Miedo de que no me acuerde qué es abajo.

No el aire antes de haber llovido. El algodón de la sábana en mi garganta. No el rocío ni la bruma. Al arañar el borde de la almohada, miedo de no escuchar sí, estoy acá. Sí, me estás haciendo caer. Y yo caer cómo, si cómo se empuja así, boca abajo. Pronto un torrente adentro, abajo; si yo tuviera boca y estuvieras boca abajo, acabando.

Esto era encender el fuego y ánimo no con echarle aceite sino con vivo alquitrán.

Una capa fina de plomo sobre el vientre, llagas. Tantos años en la misma postura que no se me acuerda bien cómo dormía en los tiempos de mi madre, cuando tenía catedrales por barcos. A la princesa de tierras interiores la flota se le encalló navegando por el canal de la Mancha. Todo el ajuar perdido y la princesa de interiores desnuda. Tan sólo dieciséis años para un príncipe del norte. Y sin ropa, como niños arrancados de mujeres indias. Niños en el fondo del mar buceando, buscando perlas.

¿Se estará boca abajo en el fondo del mar, Felipe?

Juan jugaba a taparme los oídos (el fondo del mar). Olas de diez a quince metros de altura. Yo contenía la respiración. Por el viento al agua. Al agua el hueco. La cima de la ola y la proximidad de la costa cubierta de hilos de cáñamo. En vibración, pulsando. Yo, las tripas de carnero, hilados de seda, su longitud. La extensión de la voz mientras te escucho y vos los dedos. Yo un tejido vidrioso que a pesar de su solidez se deja cortar. La presión en el cuello. La nuez de Adán. Nueces que tragaba enteras (porque lo que yo necesito es una boca) y Juan diciéndome y diciéndome, te crecerá un nogal en el vientre. Abro los ojos en el fondo del agua, apenas te veo, toco tu cuello. El fondo del mar lleno de nueces. Tus lágrimas, Felipe, se hacen mar en el fondo de los dedos, los oídos. Yo estiro la mano, toco el cuello. En el agua; afuera. *Los Reyes no avían de tener casas*. Los dedos de Juan que se pierden (no en el oído).

Tu cuerpo, Felipe, eso que no es un dedo (dos, tres). Eso que juega a taparme en olas de diez, quince metros. Eso de tus dedos, que no son dedos, me dibuja. Los hombros. Ahora tengo una cintura, tengo dos piernas. Seguí; más de la cura de mar en la herida. Eso que no son tus dedos dibujan. ¿Cómo es adentro, Felipe? Tengo eso (que no son dedos) dibujando adentro un mar con eso (que no son olas) y yo floto, Felipe, floto.

Enormes buques, como cien en número, avanzaban hacia el oeste, de frente al viento.

En el fondo del fondo del mar, volcanes submarinos derraman su lava; la espuma, al enfriarse, forma rocas, piedras blancas. Agua en el lecho, un trozo de piedra tallada, una losa.

Sumida en un bajo marino de roca como una meseta llana, que me empujes contra la rompiente. Hasta donde no haga pie.

Sentirte agua en este mar arrodillado.

Me parece que soñé que tenías en los ojos un cielo de cruces vacías. Soñé con lo que había alrededor; niños, plantas, mujeres cantando.

Me parece que soñé que ponía las manos en lo profundo del mar y tocaba arcilla. Que eras todo cielo y caías celeste sobre tierra de Venecia, de Siena. Veía tierra pardorrojiza (yo, en lo bajo de tus

piernas). De una vez por todas, amor, vi esa tierra con la que estoy hecha.

Una cosa tan magnífica cual hasta agora no hemos visto ni pensamos ver.

Tendría que contar mis sueños para que entendieran que te pongo debajo de mí (arriba), como paja o harina, de modo que cubierto con tierra; clavado. Una y otra vez, sin descanso, algo (tuyo) envolvente, se cala. Es el principio. Érase que se era algo en lo bajo. El hoyo donde inscribo tu nombre. Felipe.

Amo Castilla porque es donde reina Felipe. Donde yo. El trono de Juan si hubiera vivido. Fernando, el rey de Aragón, reinaba Castilla cuando murió mi madre. Amo Castilla porque eché piedrecitas en el interior de piedras cóncavas y quedaron dentro. Y eso quiere decir que mi deseo se cumple. Por eso amo Castilla, porque tiene un rosario de fortalezas y presidios en Orán y Mazalquivir; la plaza fuerte de Túnez.

Donde dicen que ahora reina Carlos. Donde yo. Mi hijo criado en Flandes por su tía Margarita. Margarita, casi madre de un rey. Yo. Ella haciéndolo dormir, conversando en un idioma que no entiendo. Diciendo buenas noches a mi hijo en palabras que suenan a zafiro claro, a lapislázuli, aguamarina.

Amo Castilla, sus reinos de Murcia, Sevilla y Jaén. Las cuatro islas señoriales y Granada. Carlos habla francés y flamenco. (Yo, no). Amo Castilla y los palacios con grandes patios cuadrangulares y galerías, los pórticos de los hospitales en Santiago, la capilla del coro de la catedral y el retiro del monasterio de Yuste. Amo el edificio de dos plantas que hizo construir Carlos con terrazas soleadas, con el gabinete y el dormitorio tapizados en negro como señal de luto por mi muerte.

La retina, es parte de la piel, Felipe; entonces lo que ves, piel. Amo esa Castilla de adentro de tus ojos. Donde se seca sujeto a las estacas la república de los españoles, de los indios (tu piel). Rasgan el corazón del frío altiplano americano, extraen plata. El corazón donde se seca el retrato de Carlos solitario de Yuste. Un mundo hispano, flamenco, germánico, el encaje de todas las Italias (Castilla). Donde reina Carlos. Yo.

Estoy descalza. Me acomodo a tu costado. Estás frío, como el corazón frío del altiplano americano. Extiendo mis brazos hasta el pubis (tuyo). Quedémonos así dormidos.

Amo Castilla porque se promulgan leyes en mi nombre. Porque los sublevados incitan a la rebelión para liberarse de los flamencos (el rey nuestro hijo).

Dormidos que yo alargó los brazos te acaricio ahí. Me acerco. Más. Erizado. Una herida que pulsa sujeta a la estaca. Más cerca.

Para que se seque mientras duermo. Al costado susurrándote al oído (tu piel). Entonces, piel lo que oís, aquello que te cuento del porqué amo Castilla que se desplaza por el Pacífico hasta las Filipinas. Cuadrantes, compases, astrolabios y mapas que Carlos tiene en su dormitorio tapizado de negro en luto por mi muerte. Habrás comido dulces; hay un sabor acaramelado que se me pega (lamer) en la lengua, en las palabras que digo, que es aquello que oís y es tu piel, Felipe; por que lo que yo necesito es una boca.

Jugás a dormirte, a que estás soñando, a que no me ves. Ondeándome sobre la soga de la que se sirven los equilibristas; yo también juego. Levanto banderas, hago un dobladillo de arriba abajo en el borde del paño para pasar la cuerda con la que las voy izando. Me balanceo. No te despierto porque vos jugás a dormirte, y yo también. De tus brazos a los míos el balancín rueda por el aire. Apoyo cadera tras cadera sobre tu boca, frotando como esclavos huérfanos de Guanajuato piedra sobre piedra la fricción de las piernas. Salto desde el hilo blanco de tus dientes que, mordiendo mi cara el borde de tus labios, hablan. El balanceo de tu lengua entre los dientes, palabras que dicen

Juana Juana Juana

(tu boca)

No por el remedio deste reyno y conservacion desos estados sino por la carne. Porque lo que yo. Necesitás. Juana, hablar Juana. Que te hable; él. Te amo.

Sesión
del
lecho
de
Justicia

A criterio de estas Cortes, no cabe duda que Su Majestad está loca.

Un mirar duplicado a las cosas; en lo encubierto, en lo desnudo. Dos ojos que no son iguales. Se enturbia la mirada, se enfría, y los ojos ríen. Un tribunal lleno de bancos, como la Santa Sede, para asentar ahí tanto culo azotado.

Lo que yo necesito; me sobra. Me sobra, si para qué lo que no tengo. Si más delgado, si tan delgado que no cubriría el paladar. No cubrirá como cubren el buey o el ciervo a las hembras, por detrás. No cubrirá como las víboras que unen sus bocas, o las hembras de los peces que recogen el esperma; si me sobra, si más delgado. Aprieto los ojos; y los ojos se estiran como si sacara la lengua, dijera no. Amasar un humor cuyo movimiento excita un cosquilleo. Una comezón. El aguijón cuando se cuece la sangre. Tres personas y una esencia, Padre e Hijo y Espíritu Santo. El hijo del solo padre engendrado y el espíritu santo espirado de muy alta simplicidad, iguales en esencia, en omnipotencia.

El que fuere endurecido en no tener y creer lo que la Santa Madre Iglesia ordena, padece las penas contenidas en nuestras leyes de las siete Partidas.

Viene por la calle el Santo Sacramento del Cuerpo de nuestro Señor y yo lo acompaño hasta donde salió, le hago reverencias hasta que sea pasado, y no me excusaré de hacerlo así por lodo, ni por polvo, ni por otra cosa alguna. No podrán probarlo ni con dos

testigos, nuestra justicia juzgará el tránsito que lleva por viático al Santísimo acompañado a pie hasta dejarlo colocado en la Iglesia. Que no hay para sepultar, que la santa cruz no debe ser hecha sobre la tierra para que nadie pueda hollar con los pies. Cualquiera que tenga cruces hechas en paños, que las deshaga. Que las cruces no salgan a Nos o al príncipe o a los infantes. Sólo al Rey o a la Reyna; y la reyna ha muerto y yo recibo la acusación del rey.

En el lecho de Felipe que es donde el palacio se ausenta. En el lecho de Felipe donde abro todas las puertas que están cerradas por dentro. En el lecho de Felipe, el océano se hace gota a gota de agua que tarda un poco en caer. Hace siglos que no dormimos en una cama. Soy la bandera de Castilla que se ondula con amplitud, con suavidad, sobre el cuerpo de Felipe su lecho. Que hace siglos no dormimos en una cama.

Un matrimonio precoz genera un desgobierno de las aphrodisia. Toda idea de pudor se ha desvanecido, la mecánica enloquecida de su cuerpo habla del mal de la satiriasis.

Acostado de espaldas, un amontonamiento. Tiende los nervios como una cuerda que se deja al sol, y yo me deslizo por esa cuerda. Los pechos, mi cintura, el amontonamiento. Esposo mío. El dorso de la lengua y el velo del paladar; el sonido de la J de Juana. Cera, esperma de ballena, sebo. Vela. La vela blanca de María en el tenebrario entre las demás amarillas. Sin dormir, velo. La mantilla, la gasa o el encaje sobre los hombros de Felipe y mi cabeza velada. Una pieza cilíndrica de cera con una mecha en su interior para

alumbrar. Iluminar en esa dirección; hacia Toledo, hacia su alcázar, hacia donde nací. La moviente, los bandazos. No perder distancia, velar la leche para que no se salga.

Los que finan esperan resucitar en el día del juicio, y los que viven no se deben desesperar de la vida perdurable desfigurando y rasgando las caras y mesando los cabellos. Mandamos a que no la acojan en las Cortes, ni digan las Horas, hasta que haga penitencia de ello.

Ojos cubiertos por una película, parecen no mirar. Los escarceos de Venus pierden algo de sus encantos en las tinieblas. Pero no huirá de la luz. Lágrima de los países bajos. Te taparé cada hueco con placas de cristal dejando pasar la luz. No te hurtarás a la vista. Acostado de espaldas. Veré por ti hacia Toledo, hacia su alcázar.

Indevoción y desorden, ese espectáculo de la procesión de noche que no tiene espíritu de compunción y penitencia. Celamos con la mayor vigilancia por auto del Consejo Real guardar la reverencia en los atrios y cementerios.

El suelo estaba resbaladizo por haber helado. Entonces yo me caía en él. Por acantilados, por valles; con la picadura de alguna araña venenosa por las sacudidas, los desgastes y las conmociones. Esposo mío se hizo carne. El verbo. El verbo someter (carne), abarcar (carne), recoger, abrazar. Dejo penetrar en el espíritu todas las imágenes que susciten deseos. El número sin acto del verbo.

El régimen de palabras que se hace carne (Felipe). Palabras que hace servir, las subordina (carne). Avanzo sobre su piel (el verbo) lentamente, me paseo en todos los sentidos. Avanzo sobre y gracias a la palabra Felipe que se hace carne. Blando, un animal no marino; carne. Días de grosura, de vigilia. Velar, Felipe. El color natural y no heráldico que se da en el escudo a su vientre, a su hueso. Cebado con mis entrañas (Felipe). Vueltas y vueltas a la rueda de las piernas que luego siguen excitadas en un verbo:

Es posible.

El poder sobre las cosas se ha de ejercer según Dios y según fuero. Salida del adoratorio, tiró las imágenes santas, las cubrió con tierra y orinó encima.

En los territorios de Ultramar, el cacique murió como un buen católico, lo colgaron de un árbol pero le pusieron una cruz en las manos.

Mandamos cortar hasta doscientos las manos y narices en rebeldía de que muchas veces se les habrían hecho los requerimientos que Vuestra Majestad manda. Son insensatos como asnos, y no tienen en nada matarse.

Una cuchillada por los ijares. Los matan para extraerles grasa y curar las heridas de nuestros señores. Veo como el indio toma las tripas en las manos y huye, huye. El brazo ligero dispuesto a alzar vuelo; se acorta, se aleja, se prolonga en un gruñido sordo y lejano.

Caudales de sangre las tripas y mi pierna en exceso. Como agua de río la sangre para regar jardines en Antillas; la carne de los indios que sirve para alimentar a los perros. Algo tiene que parar.

Voy a llevar conmigo una cajita, entre las enaguas, o en el escote; una cajita para guardar aquello que se pueda caer. ¿Por dónde escucharé si se me cae el párpado o las orejas? Me toco los agujeros y hablo por ahí. Si se sale el mentón, se cae toda la cara al piso. Voy a poner en una cajita todo aquello que se caiga y hablaré por las cavidades, los orificios (Felipe).

El bien hablar es el bien gobernar. Nuestra Reyna es incapaz de firmar las leyes del Reyno.

Completo era el mes, completo el año, el día, la noche, completo el árbol que crecía a orillas del mar, su fruto de uva de playa. El arco palatino, la prolongación en forma cónica del velo del paladar. El costado de la cabeza de las aves; las agallas molidas para preparar agua teñida. Algo tiene que parar. Ahí. Hasta ahí. En la garganta, la campanilla (hasta ahí) y sos valiente, Juana. Hasta ahí Felipe algo tiene que parar al costado de la cabeza, a orillas del mar. Agallas de Juana Felipe y no para. Y es posible que hable con un agua teñida. Es posible que me de vuelta, le diga buenas noches. Guarde un secreto de mujeres, de hombres. Me hunda en su abrazo y buenas noches Felipe, aunque no estemos en la cama, ni sea Tordesillas la habitación donde lo ame. Es posible que prolongado hasta el velo del paladar crezcan como racimo de uvas a orillas del mar. Agallas molidas; y después murmurarle buenas noches, Felipe.

El Rey Católico imita los exemplos de sus ilustres predecesores en esta piadosa inclinación a venerar el Misterio de la Inmaculada Concepción, tenemos a bien de consentir en que se reciba por especial Patrona y Abogada declarada de todos los Reynos y dominios y de las Indias a esta Señora del cielo y de la tierra. Prestamos con debido respeto testimonios auténticos de la incapacidad de Doña Juana.

No es una cama, y él no duerme. No es un cuarto del palacio, y yo no duermo. Yo sueño, Felipe, sueño que camino por un barrio judío y rezo un Pater Noster y un Ave María por el estatuto toledano, por la aceptación del agua bautismal de comunidades enteras bajo amenaza de muerte. Sueño, mi Felipe, con la cálida sangre de hombres y mujeres, con quemaderos. Con esa hora, sueño. No más de una hora, garrucha y agua; una especie de bastidor (escalera) con la cabeza más baja que los pies en una cubeta, y el agua de un jarro. No duermo y sueño que tengo un trapo en la garganta, que digo que mi madre se llama doña Isabel, que me fue dicho que diga la verdad y digo dios no es esto y no ceso de decirlo. Atan los dedos de los pies, y por los dedos de los pies y espinillos un cordel. Sueño que fui desnudada. Dos vueltas de mancuera en el sueño y estaba de amarillo en tela de lana, con el rojo para las aspas; vestía el sambenito de los condenados a relajación para el fuego.

Inhabilitada. Excluida del cargo. Incapaz de no tener tu lengua, Felipe.

La caricia hasta los huesos de tu lengua.

Porque lo que yo
necesito
es escupir a la limpieza de este reino.

Que te des vuelta, Juana. Los dedos en la boca. Algo más arriba, hacia atrás. Es posible. Dejo los cuchillos con el filo de la hoja hacia abajo. Los ángeles podrían herirse. Es posible. Una irradiación, los dedos y escucho el romper de las olas. Estoy lejos de la costa pero el acantilado se acerca y las olas, irascibles, aumentan de presión, suben, se abandonan, se ofrecen. Algo del acantilado se va saciando. Guardo las navajas de afeitarse porque la barba, el labio superior y los dedos en la boca. Escucho una serpiente de innumerables anillos que llega con la ola. Escribo encima con tinta verde: Felipe, Felipe. La envuelvo en cabellos negros, la arrojo al suelo y la piso con el pie izquierdo. Rogar. Todo está dado por adelantado. Lo que tiene que ser ya ha sido. Y no era Asia, no llegaban a Oriente. Las olas los acantilados y nuestros marinos que creían en dar vueltas. No era Asia la densa columna de humo. Ni la nube negra que ascendía al cielo mientras un fraile esparcía combustible. Ni el alzar el cuerpo a una distancia, estirar los tendones sin romperlos, moliendo huesos.

Viéndola ayunar y no comer carne, que el dicho ayuno debe de ser de judía, sin duda está fuera del juicio que Dios le ha dado. Si ocurre que la Reyna no está guiada por la razón, estamos

obligados a traerla de regreso a la razón y reconstruir el estado de la Corona.

Que te des vuelta. De regreso los dedos, los marinos y no es Asia. Anteponer un repliegue, una hendidura. Algo aplanado, lo que necesito. Una fuerte musculatura, algo cavernoso que se inserta en la pelvis y una contracción en oleada . Un flagelo de cabeza oval que se deprime por delante; alargado, cilíndrico (necesito). A temperaturas bajas, como un baño de agua fría eso articulado se contrae, se prolonga.

A fin de evitar el escándalo con lo que solo intenta turbar los ánimos de los frailes con cuestiones impertinentes, saciando los torcidos deseos, la desviaremos del vicio bajo pena de expatriación de los dominios, la cárcel perpetua que llaman de la misericordia.

Porque no fue Asia. Tal vez entrecerrado, entreabierto; tal vez. No deja de morir. Y puede que. Algo más arriba. La subida desde la vértebra sacra, el centro cervical; la corona. Como el cuerpo de Cristo en la hostia; mi corona, yo, Felipe. Y puede que los dedos (lo que yo necesito). Que te des vuelta, Juana. Rodeado de envolturas conjuntivas, que se prolonga. Algo aplanado y un repliegue (la corona).

Carne desangrada (Felipe) porque en la sangre está el alma, y no deja de morir.

Subvertir Nuestra Sancta Fée Católica notificando las páscuas antes que vengan, fasçiendo ayuntamiento lo qual según la flaqueza de nuestra humanidad y astuçia é sugestion diabólica que contínu nos inçita, podría creçer, si la causa principal desto non se quitasse. El remedio verdadero de estos daños consiste en apartar del todo la comunicaçion, así Nos somos contentos con mandarla salir de todas las çibdades.

Azotados con cañas partidas sólo escucho la ausencia de gritos de los esclavos. Un humo sofocante, espeso, acre; nubes de moscas y yo cantando para adentro ¡Tierra! ¡Tierra! No la imagen de Jesús en el paño de Verónica. El cuerpo Real. Un armazón deshuesado y firme sólo caja. Un centinela la caja ósea que alberga los genitales. Estirones. Y el cuerpo real que se le escapa por ahí. El contorno, su membrana recorrida por un intercambio doble. Yo la cinta malva, el vigía atlético que grita ¡Tierra! Yo el peso del armazón con la peana y el redondel y el cuerpo real que se le escapa por ahí. Entonces la osamenta de sus piernas en un álcali untuoso de todo él que me canta adentro: ¡Tierra!

Este es el rey vivo, cuerpo de nervio prolongándose en su afuera. Brotan sexos de sus dedos; se precipitan, se adelantan. Un ahora ahora del rey vivo que me canta adentro en un desliz jabonoso, alcalino. Este cuerpo sin efigie de rey vivo siempre afuera. Rincones acariciados, amados. Insistencia del ¡Tierra! ¡Tierra! de su boca cantando el plexo deshuesado y firme. Ya aquí. Aquí en el oído, el vientre, los pulmones; Felipe, respira. Golpes de

timbales de Felipe que vive en este cuerpo (mis piernas la boca). Es el comienzo del mundo, su gemido vertical: Felipe.

De Palos de Moguer, la peregrina expedición llega a la isla de San Salvador en embarcaciones ligeras, largas y angostas. Tablas astronómicas, el mapa abandonado a sucesos de un mar ignoto. Mi madre no se desprendió de las joyas. Un cristiano nuevo, un aragonés de estirpe judía prestó sus ducados. El certificado, el permiso y el bautismo violentos. Un cristiano lindo de la muerta religión de Moisés. El Santo Oficio no requiere pruebas de culpabilidad.

Sesión del lecho de justicia. Heredera entre dos reyes (Felipe yo). El fondo del río, del mar, lechos de paja. Andas en que se llevaban los cadáveres a enterrar. El pasaje al trono, a las Indias. Felipe Domine Deus, omnipotens Deus, patrum nostrorum Abraham, Isaac et Jacob. Encerrándome a solas en su aposento con una navaja, algunos ungüentos. Isabel firmó la expulsión. Yo la navaja el corte. Más desnudo, más expuesto. Tiro hacia atrás, me cubre.

Eres un esposo

de sangre

para mí.

El pio Rey Católico incesantemente se ocupaba con sumo cuidado en hacer florecer de todos modos sus dilatadísimos estados, que doña Juana no observa la extirpación de las heregías en los dominios, no sostiene ni defiende con todo zelo la exaltación de la Santa Madre Iglesia.

El séptimo día del séptimo mes, siete peticiones en el padrenuestro y la inmersión en el agua, en el cuerpo muerto de Cristo. La succión de la herida. Agacharme. Ungir al rey, signar con óleo sagrado. Colores disueltos en aceite delante de la garita con celosías laterales y su puerta abierta.

Un quejido, golpes y el fin de la ejecución. En el centro de la plaza los huesos se consumen en una hoguera criminal. Las plantas de los pies bañados en manteca de cerdo se acercan a un brasero encendido. Una hora y cuatro.

Por su culpa, por su culpa, por largos viajes engrillados, durante el proceso, el reo trataba de ahogarse con trapos que se metía en la boca. La gobernación espiritual, porque con ello se descargaba la conciencia real.

Por su culpa condenados en agujeros infernales se asfixiaban inhalando el gas de las vasijas.

Por su culpa delaciones.

Por mi culpa

mastico en el suelo, detrás de la puerta. Porque lo que yo necesito es una boca con la que no hablo y no digo y no doy testimonio que no puedo. Que quiero y puedo ser la reina de Castilla, de León, de Sicilia, de Granada, de Aragón bajo el mandamiento de mi ley en esta nación infecta.

Mi culpa

la jurisdicción, porque al acerbo de las riquezas la desaprensión de no caer en la cuenta, de quedarme a obscuras y no darme por entendida; yo que aprendí flamenco, yo que desentrañaba palabra por palabra, las vierto en un imán fluido entre las piernas. Yo Reyna.

Inclino hacia abajo el torso. De la cadera, de la cintura, hacia abajo. Agacharme. Votos de fidelidad del Espíritu Santo. Las manos, la unción y la confirmación de la fe (agachada). La gracia seminaría los dones de un nuevo nacimiento. Porque al principio no era así. ¿Quién fue mi padre? Si a Fernando se le hace agua en la boca. Que la muerte paga en las arcas de Fernando. Que Fernando cobra, quiere cobrar. Chupar la herida. La garita con celosías laterales y la función petrina, testimonia. Ser memoria del aceite con que me unto (en gracia y devoción). Y vos desnudo. Vos que te vas durmiendo. Yo el séptimo día del séptimo mes, te cuento que la muerte no paga. Que me agacho y turbas de color del aceite sagrado en las manos para alzarlo, llevar hasta la cama tu cuerpo dormido y vos adentro de tu cuerpo. De piedra. Piedras de mechero, piedra afiladera de las herramientas de corte. Granizo grueso. El líquido de

sabor fuerte que al estrujar los labios, contarte un cuento, te acuna.
Te alzo, te llevo hasta la cama.

Sesión (me inclino)

del lecho (sobre esta roca construiré)

de justicia (mi iglesia: Felipe). Felipe mi hijo que acomodo en
la cama me abro el escote.

Felipe, el rosa agitado de mis pezones, tiembla

Hay un defecto en la formación de la primera muger porque fue hecha de una costilla curva. Por eso nuestra reyna siempre ha tenido menos Féé y su pasión carnal es insaciable. Bendito sea el Altísimo que hasta el presente preserva al sexo masculino de un ataque semejante.

En esta tierra maligna las reales cédulas enrolan a las súbditas. Aquí y en el Nuevo Mundo un pedazo de lienzo fino humedecido hasta la garganta. Entonces se les echa agua por la boca y por la nariz acostadas sobre una especie de banqueta de madera. El pellejo de la Chingada, el reclutamiento, y ellas como reses colgadas en los corrales. Estrechos senderos serpenteantes; encadenadas por el cuello, la solicitud de los corregidores. Contagia la limpieza. De la expulsión al alquiler de los hijos a los soldados, a las ahorcadas con sus criaturas colgando de sus pies porque las madres en pariendo varones los ahoga. Contagia la limpieza. Un chocolate

preparado con el agua que habrá usado para lavarse luego de fornicar con él: la Malinche, Chingada colaboradora a la solicitud de la conquista.

Yo junté las puertas y ventanas sin cerrarlas del todo. Puse una golondrina en un hueco de la pared encima de la cama con las palabras que dicen, Aquí te meto. Una sanguijuela en el muslo para que chupe la sangre; se la di de beber. Se la di de beber a él. Seca y molida. Le hice beber la costumbre de las mujeres. Apreté el paso. Desparejada. Lo visto lindo, lo adorno; le pongo cosas como las que se ponen sobre la caballería para montarse en ella. Me embadurno con una pintura magra, espesa y mate. Una pintura para lijar. Aprieto el paso. Y yo huérfana; desparejada. Contagia. La posesión en nombre de Isabel y Fernando o el reclutamiento de reses colgadas en los corrales o las cárceles en los patios de los corregidores en la densa selva gris. A través de la espesura, veo largas hileras de cautivas.

Contagia el agua. Contagia el agua de Felipe que uso lavando sus partes íntimas, bebo hasta acabarlo. Hasta acabar propagándose en mí (Felipe).

Por lo que puede suceder, me voy encima.

Sucede.

Sucede que tengo manos. No la garra del ave de rapiña. A ordeño. A gatas. El galope espeso, encarnado de esta sed toda manos acariciándote. Sucede una cosa después de otra, día por día; ponerme de manos. Arrodillarme para el bullicio empinado de mi sed toda manos que te acaricia. Un agua brillante y condensada arrebatada en círculos la velocidad del fuego. Al giro precipitado de una rueda salina, el agua brillante se compacta, se suelda bajando alrededor del cuello. En lo tajado del cuerpo, Felipe cierce, separa la parte más fina de la gruesa. Es el secreto de Felipe segregando su cuerpo que cala hondo, más lento en mí, más grave. Un blanco centelleante dilata la visión, origina los colores. Uno tras otro el galope que amasa los nudillos, las palmas, el hueco de las manos. Adán y Eva y el primer parto de hombre y Felipe pariéndome, pariéndome.

A los que guarden la ley de Moysen dádoles juderías é logares apartados en que viviesen é que en su apartamiento se remorderían. Así estará Doña Juana en Tordesillas; que jamás tornen e no sean osados de tornar viniendo nin de paso, nin de otra manera alguna. Y que puedan sacar fuera de nuestros señoríos sus bienes en tanto que non sea oro ni plata ni moneda amonedada.

La crónica de quien confiesa quién es. La extraña la heredera la que dice decirme sucesora. La oración. La voz y no la lengua filosa de los labios gruesos en el cuerpo agregado, interpuesto de la sangre indigna de esos reyes que firman el edicto de expulsión.

Sucede que soy heredera en mi nombre, que digo Felipe las manos que te tocan tienen el sonido del viento, el tono metálico como orden de milicia (una voz de firmes, de fuego, de rompan filas); el arrullo de mi voz que canta diciendo: desposarse reina es quedarme toda en Felipe. En mí.

Sesión
del
lecho
de
justicia

Ya no guardaré el secreto de la península. Treinta millones.

Tres decenas de millón. Treinta unidades. Tres millones de veces, uno. Brasas o viruela. Treinta veces la enseñanza del miedo. La triple en las reducciones; atados a la cola de un caballo (treinta veces un millón. Uno. Treinta). Arrastrados con uno de los nuestros sobre el cuerpo. Diez millones con las orejas cortadas. Las narices (diez), arrebatadas las lenguas y luego arrojados a la escalera de la horca: treinta millones. A la cincha de cuatro caballos estirados en el aire, divididos en cuatro como una araña cuando el torno de fierro no puede ahogar el pescuezo.

La pulpa de los dedos. No guardo ya más el secreto. Incontinencia. El velo de luto, de novia y sus ruedos de lana; una tela animal. La ley de la piel, mi Felipe. Toco la tela, pido el azul púrpura, el ígneo de la lana del vestido de novia, de luto. Tardan. Yo, del Antiguo al Nuevo Continente; un océano. La rienda suelta de la pulpa de los dedos en el vello. Al hilo del viento, no hago ninguna parada en el vuelo. Soy el halcón que no cae a la presa y sigue. Cruzo los mares, el camino de la seda y los navíos de la pulpa de tus dedos que avanzan. El borde denso de mis piernas. Castilla quemándose. Sus habitantes corriendo hacia las costas, escapando del fuego. Y Castilla quemándose corre tras los pueblerinos que zarpan en la pulpa de tus dedos. Hacia la seda del océano. Vienen quemándose encima de mis muslos, no guardan el secreto y me montan sobre las ancas como una caballería marina.

Empecemos todo de nuevo. Fernando está muerto, y qué otra eternidad sino la de saberlo eternamente muerto. Y en el lecho, lavados en sudor de lo que quema, los navegantes de tus dedos mis piernas sueltan amarras. Del océano al mar, al río, los riachos de cenizas de treinta (de millones), de treinta millones de uno; de uno cada indio en América; Felipe, que ya no guardo el secreto de la península.

Es nuestro mandato proceder contra los infractores sin la menor indulgencia. El Tribunal de la Inquisición prohíbe y recoge quantos libros y papeles hubiere impresos en los aposentos de S.M., quien bajo el pretexto de ilustración ó erudición abriga sentimientos que desvían del centro de unidad, potestad y jurisdicción de la cabeza visible de la Iglesia, sucesora de San Pedro.

Libros de Ester de Judit la carilla el epistolario. Fondos.

Cuerpo.

En honor de tu Divina Hija
Nos postramos delante de ti

La oración del cuerpo

Delante de ti
El señor te ha encomendado
Acercarnos a Él.

Los cuerpos, no por cantidad; por peso. Toneladas de negros. Descargan mil kilos, el espacio ocupado en un barco por dos toneles. Un recipiente con listones de madera. La carga que el pesador entrega no por cantidad, sino por peso los negros en América.

Testigos del amor del padre
Que no vaciló

Libros el fondo del recipiente los listones el tonel las oraciones del cuerpo que pesan con un hierro en las anillas. De los recipientes la libertad. Sueño y me cuesta respirar mientras no duermo. Y me pesa la sangre del sueño que se llama pesadilla. Es lo que será: la base del saco y los toneles de negros desfondados que en oraciones de libros se nombra libertad de vientres.

Sostenga nuestra docilidad
A la gracia, y te salve

Pésame, Señor, los mil kilos dentro del vientre de las esclavas.

Testigos del amor del padre
Que no

A unas veinticinco leguas al sur de Cuzco, en un hermoso valle andino coronado por altos picos, el corregimiento de Tinta.

Que no
Vaciló

El corregimiento que acá llamamos provincia, el templo de Viracocha, sus nueve puertas y sus paredes de piedra labrada.

El fondo de los libros disipa el temor de las tenazas. En la capital imperial de Cuzco, en la hondanada de los Andes Centrales, el grito de Tinta de los obrajes cuando salen para las mitas cientos de indígenas y vuelven veinte (vuelven sólo veinte).

El padre que no vacila
En no dejar ni semilla

No las provincias de ultramar. Digo colonias. Hablo del reclutamiento y del grito de Tinta que se encuentra con los sobrevivientes de un naufragio de barcos que vienen, recorren el océano la ruta única hacia España. Y traen el oro y la plata que yo limpio diciendo oraciones; lavo rezando (el amor del padre que no vaciló) lavo las piedras y minerales bañados en sangre de Potosí.

Bañada la tela del vestido. Olor a fibras tejidas, la tira de hilos que forma el encaje. De lana de seda. De pelo de cabra. En el vestido un olor a puntos de paño que froto; a linón, a céfiro. Un olor orillado, urde, se enfila, clarea el terciopelo de mi vestido que se moja ligeramente, de modo que, aunque se exprime no escurre agua. No uso prenda interior, te pienso en la inmensidad del campo donde no te velo. Soy el adentro donde me pienso, Felipe. El adentro cuando pongo las manos sobre mi vientre, cuando creo sentir arañas colgando descolgándose, bajando y volviendo a subir la red,

el capullo hilado. Túneles subterráneos forrados en seda, de un frescor oscuro.

Al golfo profundo, tu borde. El afuera en dirección al mar surcado por umbrales sumergidos. Vos. Eso que en el norte, bien arriba, eso que después se llamará el Chile meridional, el entrante hacia tierra formado por la costa. ¿Dónde te pensás, Felipe, cuando dormís? El borde, el extremo tuyo que cala y se hace abrigo. ¿Estás adentro en tus sueños? Saliendo del extremo, el borde; desbordándote, diamantado. Marchándote (salió para África). Salirte, Felipe. Con las banderas desplegadas al camino. Salir por mí. Irte de vos, en saledizo. La velocidad con que navegás (barco). Sobresale de vos y se espiga, vuela. Alto, desde donde sale el sol, el Este, el Levante, para darme de lleno de sol a sol. Estándote. En mis adentros.

Todos aquellos bienes que por cualquier título hubiera adquirido VM caerá en Mano- muerta y quedarán sujetos a enagenación a sucesores naturales.

Oscurece. O eso creo. Correte, haceme un lugar. Ahí, al lado tuyo. De costado. Desnuda; vos hacia arriba, yo de costado. Me acerco más. ¿Sentís mis pechos, cerca? Los pezones crecidos como niebla rosada. Si los tocás, la niebla comienza a sustraerse y el rosa se vuelve de un carmín erguido. ¿Alguna vez chupaste niebla? De costado, me acerco más. Tu boca se empapa de una masa de vapor de agua. O de miel. La plasticidad de la niebla te envuelve. Entonces, ya no de lado. Vos, boca arriba, y yo sobre tu cara,

tus labios. Mordisqueá el rosa. La niebla no duele entre tus dientes. Mordeme. Mirá cómo se oscurece el aire, se condensa. El rosa que caía de tu boca ahora toma la forma de tu lengua. Carnosos de un rojo intenso. Ahora tomo tus manos (mientras me mordés). Pongo tus manos en el abismo de los bordes. ¿Sentís que están más gruesos? Aquello que bebí de vos convierte en rosa los pechos que desnudo y deseo que muerdas. Si un latido se desliza por la boca, es eso que tomé y es tuyo, se hace bruma tesa que se suelta.

Dejo caer un blanco tibio. Nos recorremos.

¿Quiénes son nosotros?

Tu Real Nombre la musculatura de tus piernas. Quién el abdomen, los brazos, la espalda. Quién el hueco entre las vértebras, ese espacio donde me invento vaciado de tus sueños. ¿Quiénes son nosotros? Rey, padre de Catalina, hermano de Margarita,

mi varón

abundantemente

hombre.

Llevarte lo que me doy. Darme bien hembra. Parida salida virgen. Darte mujer.

Mantas o trapos sobre cuerpos casi desnudos, mujeres que comen coca, andan descalzas y se llaman collas.

¿Quiénes son nosotros?

Iglesias con torres bajas casi cuadradas, con tejas o ladrillos de barro cosido. En el altar mayor, macizas planchas de plata. Y en la plaza, el cacique debajo de la horca. Le sacan los brazos y los pies. Nadie grita ni levanta la voz. Caracoles marinos, de un sonido extraño y lúgubre, anuncian el duelo. Una lápida de piedra sólo para la memoria y el escarmiento. Remiten la cabeza a La Paz, los brazos a Carabaya, una pierna a Libitaca y la restante a Santa Rosa.

¿Quiénes, nosotros?

La membrana que me sujeta la lengua. Como correa o cuerda de perro. Rebenques. Como alambre que se ata de las cerdas de pinceles nuevos; el bocado, la pieza de hierro inserta a la parte inferior de la boca. Varillas en las que se sujetan las riendas. Quiero hablar, y la voz devanada. Besos que se me enroscan. Palabras con r arrastradas, el correaje de cabos que ni siquiera me dejaba mamar.

Una navaja, un pequeño corte para poder decir quiénes. Nosotros (quiénes). Un movimiento transversal de la mano. Izquierda derecha el filo de la cuchilla en el ligamento. Y poder lamer hablar lamer; decir quiénes. Decir olvidarme. Decir: quiero olvidarme que estás muerto. Decir quiénes nosotros si estoy sola. Olvidarme durante los cuarenta y siete años en Tordesillas que me

prefieren callada. Quiero decir, que prefieren muerta a Juana que saldría en medio de la lluvia para abrazarte, apagar el fuego apoyando vientre sobre vientre. La prefieren muerta a la que sabe de la expulsión de los judíos, los moros; de los cadáveres en América. La que no entiende qué significa nosotros. Olvidarme los contratos, las ventas, y yo en el mapa de las transacciones.

Me invento una historia que dice nosotros. Olvidarme que tengo un cuerpo que no sabe dónde. Que estás muerto (olvidarme) y que así (muerto) serás uno más de tantos otros más apilados. No recordaré el vaivén que bate, agita, el recorrido espiralado de mi mano (yo, sola). Como las alfombras del palacio que las criadas golpeaban con un palo para quitarle el polvo. Olvidarme que no hay palacio, ni alfombras, que el golpe es este azogue que me invento en la lengua, el corte de derecha izquierda, izquierda derecha que desprende los tirantes, y habla.

Tengo tres mil quinientos años. Escribí otra vez la Historia. Hueso de mis huesos. Escribí, ella. No olvides los signos de puntuación. Ella, ahora coma, ella (coma), que voy a llamar Eva, tiene tres mil quinientos años. Es la primera mujer y se nota en su cara la serpiente. Tiene los pies tan cortos que camina deslizándose, enroscando su cuerpo contra el suelo (la cara). Escribí, que nos vistieron con túnicas de pieles y fui carne de tu carne. Que nos fueron abiertos los ojos y supimos. Hace tres mil quinientos años. (Hoy). Escribí: que voy a llamar Eva. Estamos los dos desnudos y nos cubrimos. Y llamó el hombre el nombre de su mujer. Escribí: Eva.

Quiénes, nosotros; si me olvido de la serpiente. Me olvido y no pienso, es el comienzo de la historia. Toda la tarde escribiendo. Descansá. Varón y hembra nos crió y nos bendijo. Y fueron todos los días que vivió tres mil quinientos. Y llamó dios a la seca, tierra; y a las aguas, mares; y vio que era bueno. Y dio la tierra fruto, y fue así. (Escribí). Y fue la tarde y la mañana. Y era la tarde y la mañana el día tres mil quinientos. Y dormías (de tanto escribir). Se te aparece en sueños, te dice, no temas de recibirla por lo que en ella es engendrado. Soñás (quiénes). Soñás con el mundo que flota sobre la espalda de un monstruo marino. Con el crimen de los pirómanos en Cádiz, ahí donde se embarcaban los expulsados. Soñás que vas a nado; y entre el mundo que flota y vos que braceás, perdés de vista la orilla. Hacés el muerto en el pasillo de tanto líquido. Entonces te hago señas de socorro para que llegues más rápido, te hundas en canales óseos y blandos. Soñás que te despertás, que no me conocés hasta que me nuevo.

En forma de rombo, la punta del coxis desciende, nos doy a luz.

Nosotros.

Conviene evitar todo deservicio a Nuestro Señor. Tenemos noticias que doña Juana hace uso reprobado de la sangre del ménstruo. Ansí de mar como indios de guerra, con quien de ordinario se vive con recelo y cuidado, VM es muy peligrosa a la conciencia. Considerando no tener otro modo de cortar y remediar los abusos se resuelve de transferir los derechos, se dexa entender

que la pureza y perfección con que se debe celebrar tan alto ministerio nos obliga a aplicar la pena de privación de officio.

Las personas al morir quedan de la misma edad. Parar el mundo. Todos los allá están aquí. Con el brazo aún en el aire, me balanceo como si estuviera sobre naves que no desembarcan. Un fluido aletea, rebota. Canto canciones de marías danzantes. Mi Felipe chupetea y se duerme; se duerme y yo con el brazo aún en el aire, bailo. Tu esposa madre niña (yo) baja con ese beso de parar el mundo. Duermo después de balancearme como naves, amarte. Y el mundo se para. Ya no escribimos: los sublevados se alzan atraídos con el suave y dulce nombre de hijos. Se les estampa con fuego la R de rebeldes en la mejilla cuando gritan padre, gobernador e Inca (allá).

Aquello que rebota. El sonido de la voz aleteando entre dientes afirma acá, Felipe, ahora.

Ahora Granada y la soberana Reyna te dicen: Ven. Y vos que oís, decís: Ven. Y yo voy, Felipe. Voy.

Vistos los autos, de ellos resulta prueba clara, evidente y dolorosa del extraviado espíritu. Es nuestro objeto el de distribuir justicia.

No clamaré con las voces de Isaías: Señor, padezco violencia, responde por mí. Como el vencejo, la garganta no adaptada para el canto. No llamaré como pidiendo ayuda. Si trato de respirar por la

boca, llena de agua. Un apuro lento se hunde entre los dientes (vos) y me lleva más abajo, más profundo. Trato de respirar por la boca. Y más agua de una piel que se hace espuma. O me ahogué o él es todo vivas que se mueve por dentro en un alarido, un grito de guerra. O me ahogué o una rendija que subía y bajaba late, dice esto es mi cuerpo, esta es mi sangre.

El corazón se agita y esto es mi cuerpo esta es mi sangre tapándome la cabeza. Nunca ahogarse fue tan dulce; es volar. Porque hay un mar de cuerdas de piel llena de nudos, y la cuerda sirve para saltar. Una vara larga rematada en punta. Una vara larga con un arpón, no de hierro. De carne. Hasta que yo misma, color para pintar disuelta en el agua. Entonces me dibujo pájaro. Vos me das palmaditas ahuecadas de abajo para arriba del otro lado del corazón. Las palmaditas, de abajo para arriba, como el agua, como la vara. De abajo para arriba. Palmaditas ahuecadas con las manos llenas de hormigas. Un montoncito de tierra a la entrada de la espalda. Un enjambre. Un hervidero. Y vos palmaditas de abajo para arriba y el alboroto del agua con un movimiento de tumulto.

No clamaré Domine, responde pro me patientibus, porque estoy amasando un beso. Y adentro del beso es blanco, y hay un hombre que es un pájaro y una mujer que vuela. Hay palmaditas ahuecadas del otro lado (del corazón). Entonces me trago el mar, el beso, tu lengua.

Haré correr la palabra. Han encontrado bebés atados a la espalda de sus madres. Esqueletos con trozos de pelo adheridos al cráneo. El techo de las iglesias. No. El cielo de aquello que se nombra América salpicado de sangre. Zanjas y cuervos y huesos doblados hacia adentro.

Paso la palabra: agua de lavar carne. Voy más allá del barranco con un lazo apretado a la cintura reduciendo al mínimo la sensación de avidez. Voy como una perra ensuciando el piso (sangre). El techo de la capilla o el cielo, la extensión vegetal (yo); agua que destila carne. Palos pegando en las axilas para que tarden menos en morir.

Paso la palabra: los golpes en la espalda empujan espíritus de animales hacia el pubis. Todo es bueno para los ojos. El vértigo de arriba por el vértigo de abajo. Y tocarte con los dedos. O con los pies. Tocar eso por lo que te dicen varón mientras miro cabras en celo.

Vencer a sí misma es, a saber, para que la sensualidad obedezca a la razón y todas partes inferiores estén más subyugadas a las superiores.

Qué es, quién dice: arriba. Si arriba está el cielo salpicado y abajo sangre. Me inclino y te hablo al oído, te digo, Ahora me tenés a mí. Se lo digo a toda España, Ahora me tenés a mí. Y a nuestro hijo, se lo digo, Ahora me tenés, a mí.

Ahora.

A mí.

Tu vientre contra mi espalda. Busco con el dedo mis pestañas y luego me detengo en las tuyas. Froto la nariz contra tu oreja. Un lameteo con la lengua a la cara, a las manos. Con el dedo las cejas como si aparecieran por primera vez, las dibujara.

Me perfumo los ojos para verte de color dulce en el más color de los genitales, de las tetillas. Para verte perfumado en lo más fino del fondo de los pliegues y lo más grueso de la cara, la palma de la mano, la planta del pie. Tu piel de pulpa de ciruelas, de peras. Y yo ahuecándome. Acomodo mi espalda contra tu vientre. Como una sábana mojada y apretada que se pega. Rodearte. Primero frío, luego más caliente. Un desconsuelo de pájaro cuando uñas en lugar de manos arañando el perfume de los ojos. Corro el cabello de tu cara y me entero del desembarco. Me entero de los codos, de las rodillas y del cuero cabelludo colgando de la cara. La Península se unificó bajo cicatrices de alambre. Entonces vuelo y ya no puedo detenerme. Brazos o alas de un pájaro con ojos perfumados que no ve el alambre. Un desconsuelo de pájaro o de mamífero. Y vos el lameteo con la lengua sobre la cara las manos (para limpiarme). Y alas o brazos ahuecándose sobre vos. Tu espalda contra mi vientre.

Una sábana como papel de envolver tabaco. Entallando: yo.

Quiero lo que quiero lo que todos llaman dios para mí

una boca.

Ella se los tiene que decir. Yo. La tierra removida es visible desde el aire. Una interrupción en la superficie de la hierba. Un cambio de color. Si sólo rascara a mano encontraría debajo de la tierra una zanja de norte a sur, de este a oeste. Escaleras en las paredes para bajar y calcular la edad según las puntas de las costillas, las clavículas y las sínfisis púbicas. Si midiera el fémur sabría acerca de la estatura.

Decir. ¿En qué idioma hablan las cosas?

Decir del hueso ilíaco que sobresale de eso que parece un hombre. Cerdos hociendo la tierra cenagosa. Decir cuando la mano se extiende hacia la voz. Toco la voz y es mía. Cuando alguien me habla (Felipe) es como si hubiera luz y yo toco la luz con la mano. Tu garganta, tu pecho. Un volumen de rumores en el interior (como si hubiera luz).

Es simple: Ella se los tiene que decir.

Un depósito de brazos atados a la espalda, tierra lisa color marrón sólo rascada a mano, y la falange del dedo gordo del pie más rolliza. Un manantial subterráneo que, al quitar la tierra, se convierte en agua burbujeando lentamente.

Hace frío y está oscuro. (Ella se los tiene que decir). Cuando me hablo es como si hubiera luz. Mezclo un vino caliente con azúcar y clavo de olor. Hablo de vos y de mí. Una a una me quito las enaguas. Hace frío (bebo el vino caliente con azúcar y

clavo de olor). Hace frío, está oscuro. Me estiro para ver si mis pies llegan a los tuyos. Si mi vello con tu vello, ahí. Es simple, es justo, como si estuviéramos en la cama (del lecho de justicia). Lo suyo de cada cual; lo mío. Que me digas, es toda tuya.

¿Felipe, de quién son los cadáveres?

Me cuesta tragar. Ahí, dale que dale, una musiquita de la infancia. Ahí, tengo toallas, sábanas colgando. Tengo lencería, tejidos manchados. Sólo: tragar creer tragar, cuando entrás en las nalgas o cuando salís de tu pelvis. Entonces una segunda piel hecha de dedos auriculares. Dedos que murmuran secretamente al oído, ayudan a inspirar.

Yo trago por el oído.

No estás acuclillado a la espera de tu madre. Donde estás no hay una entrada estrecha y baja. No es un castillo en espiral. Una capa fina de materia sólida en la superficie de un líquido. (Vos). ¿De quién? ¿A quién pertenecen los cuerpos, Felipe? Si una película, una capa fina, y adentro nada. No cuerpo. No te echas a perder. No hay ninguna planta algodonosa que te habite. El hongo de color canela al pie de robles y de encinas. El cuarzo gris que da chispas. La madera carcomida tan expuesta a arder por su sequedad. La espora, el moho, la rabia aturdida que se transforma en mineral. Dos puños petrificados. (Esos son cuerpos).

Nadie comerá tu parte. Ni familia, ni insectos. Estás entero. Mío. Los cuerpos son los indios, son los moros, los judíos. Y yo no sé a quién pertenecen.

Te acomodé en un recipiente de madera de una sola pieza. Una tina de forma abombada para bañarnos en agua de rosas. Tibia, del tono de la carne de un niño rubio. Esa tinta caliente del agua dibuja labios más gruesos, pezones que se agrandan, se alisan, toman el color de la carne de un niño rubio que crece en el agua. Nos movemos como hermanos en el mismo líquido.

Quiero tomarte de un sorbo.

Lo que todos llaman dios la república del dinero el Imperio. Lo que todos llaman dios, la vuelta al mundo, catorce mil cuatrocientas sesenta leguas y la tierra esférica que gira, gira. Por todas partes y en cualquier sitio los dominios de Ultramar. Catorce mil cuatrocientas sesenta leguas de mundo amontonado, mandíbulas apretadas seccionando la lengua con los dientes.

Por todas partes y en cualquier sitio. ¿Mi patria? La memoria alterada como recién dormida de tanto dar vueltas y vueltas (catorce mil cuatrocientas sesenta leguas). Aprieto. El diente contra la lengua. Pero la lengua es más suave, más blanda, no se deja cortar. Pronuncio cada palabra con un aire fracturado entre los dientes. Con el diente roto la lengua habla dice: Otro mundo es posible. Dice, en el juicio (en todo juicio a la derecha del padre). Dice, cuando separa las manos de los pies, cuando dirige la mirada lejos, aleja la nariz

del suelo, de los genitales. Se dice Juana después de confundirse con él, de que él se vacíe en ella; con el diente roto, el juicio, a la derecha del padre: digo, poseer. Con la memoria alterada como si me hubiese dormido recién; rendir cuentas. Cada uno beberá su medida completa.

Otro mundo es posible (hoy). Si cierro los ojos ya no tengo miedo a caer. (Ganas de caer, de que me empujes). Cierro los ojos no veo que estoy tan arriba. Cierro los ojos y te veo por la espalda. Para no sentir vértigo, vos también cerrás los tuyos. Yo te guío por un agua subterránea. Te digo de vaciar el mar en una botellita que llevo en la garganta. Las aves o las mariposas se posan en cierto sitio después de volar. Un parador. La detención que hicieron los obispos para cantar un reponso. El toque de las campanas. Hasta el fondo, lo que estaba suspendido en un líquido. En el fondo, sólo aquí, tu medida.

Poseer.

Finalizado el proceso, se obliga al vencido a devolver lo que ha tomado.

El vencido ¿quién?

No les daré la razón. La pierdo.

El vencido, luego de mil derrotas, debe devolver las armas.

El vencido ¿quién?

Las armas con que me mataron treinta millones de veces mientras fui india. Las armas que cargaron mis espaldas en el camino de catorce mil cuatrocientas sesenta leguas. Con las que me expulsaron más allá de los límites de España.

Dar la razón a cada cosa. La tierra no es cuadrada y no me caí del mapa.

El vencido ¿quién?

Hagamos otra vez las cuentas. Mi reino es de este mundo.

De este mundo donde Felipe no está desnudo. Está muerto.

Tomo la navaja, intento más abajo del vientre. Sigo bajando. Tengo cuidado de no cortarme. Hacia los lados. Ahora hacia atrás. Empiezo todo otra vez.

Absorbo la sangre para que no corra.

Otra vez.

Tardo cuarenta y siete años en abrirme la garganta, darle aire, respirar. Cuando aspiro y exhalo el aire por la nariz, la boca habla.

Así son las cosas.

Empiezo todo otra vez.